

además de la Silla de Armagh que conservó los derechos de primacía, estableció en el año de 1152 arzobispos en Dublin, Cassel y Touarn; y al mismo tiempo desterró los abusos especialmente en el punto de los matrimonios, en los que las leyes canónicas y naturales parecían casi igualmente ignoradas de los irlandeses.

El Papa Eugenio gozaba pacíficamente en Roma el fruto de sus muchos trabajos útiles á la Religión. Había no obstante sufrido todavía algunas rebeliones á su vuelta de Francia; pero disfrutaba por fin la tranquilidad que Santa Hildegarda le había profetizado, la cual no fué alterada despues en el poco tiempo que aun vivió. Entretanto no dejaba de suspirar bajo el peso de los negocios y distracciones inseparables de su clase, con cuyo motivo el santo abad de Claraval, á quien el Pontífice no ocultaba nada de cuanto pasaba en su alma, emprendió su tratado de la *Consideracion*. Dividió este tratado en cinco libros, que forman su obra maestra; esta opinion está justificada por el fondo de las instrucciones siempre nobles y siempre dignas de atención, por la fuerza del raciocinio, por el fervor y unción santa de su elocuencia, por la grandeza de las imágenes, por la claridad de las ideas, por la exactitud, cortesía y elegancia de las expresiones. Los cinco libros no fueron compuestos de seguida, sino con diferentes intervalos desde el año de 1148 hasta el de 1152, segun las ocasiones diversas que están señaladas en la serie de la obra.

Cuando compuso el segundo libro, la noticia de la triste suerte de la cruzada consternó á todas las provincias de Occidente, y dió lugar á que se desatasen sin moderación contra el Santo, que principalmente la había predicado, aunque no lo había hecho sino á instancias reiteradas de su soberano y por orden expresa del Gefe de la Iglesia. Este oprobio le hubiera servido de

delicia si no hubiese tenido trascendencia alguna; pero como se le hacia pasar por falso profeta con grande escándalo de una infinidad de espíritus débiles, juzgó que la edificación pública debía ser primero que una humildad que no sería útil mas que para él solo. No dejó de citar los ejemplos de la Escritura, donde se vé, que aunque los oráculos del Señor confirmados con prodigios incontestables hicieron tomar las armas á los israelitas, no por esto dejaron de ser derrotados en muchos encuentros por haberse hecho indignos de la protección del cielo por su negligencia ó infidelidad. Tampoco le fué difícil, por las noticias recientes de la mala conducta de los cruzados, demostrar que estos no habían sido ni menos rebeldes á la voz de Dios, ni menos dignos de su abandono que el pueblo guiado por Moisés y por tantos otros profetas, que no siempre lo pusieron al abrigo de los mas inesperados reveses. Nosotros mismos hoy, despues de tantos años como han pasado desde aquellas expediciones, si el filosofismo enemigo de los Santos y de toda santidad no nos hace olvidar los principios ordinarios de la equidad y del discernimiento, ¿no encontraremos causas naturales y muy suficientes de las desgracias de la cruzada de Conrado y de Luis el jóven en la falta de disciplina y en la necia seguridad de las tropas germánicas, en las intrigas del príncipe de Antioquia y de la reina Leonor, y en fin, en la avaricia de los señores cristianos de Siria que impidieron la toma de Damasco? San Bernardo había acreditado la empresa con milagros; pero no había salido por fiador del éxito contra la falta de conducta y la perfidia de los mismos guerreros empleados en ella. Sobre estos prodigios incontestables y que habían tenido tantos testigos oculares se explica de este modo: «no me toca á mí, dice al Papa Eugenio, hablar sobre este sello de una misión

divina; mi pudor me lo impide. Responde por mí y por vos mismo sobre lo que habeis oido, sobre lo que habeis visto con vuestros propios ojos. Los hechos eran tan notorios que bastaba que el Santo apelase á la persuasión general. Despues de la desgracia de los cruzados, el Señor, para la justificación de su siervo, volvió á hacerle instrumento de su poder. Cuando la primera noticia de la derrota llegó á Francia, fué un hombre á presentarle su hijo que estaba ciego y le suplicó con instancias que le volviese la vista; y él, imponiéndole las manos, dijo: «Señor, si me habeis enviado, si me habeis asistido predicando, hacedlo ver curando á este ciego.» Un instante despues exclamó el niño que veía, en presencia de un gran número de testigos de todas clases y estados, que hicieron subir sus aclamaciones hasta el cielo.

En el libro tercero de la *Consideracion*, tratando el santo doctor del abuso de las apelaciones multiplicadas con exceso, reconoce el derecho y la utilidad de estas apelaciones sujetas á límites convenientes; pero exhorta al Papa á no permitir aquellas cuyos medios no estaban especificados, ni las que se anticipaban á la sentencia del juez inmediato y que eran dirigidas á eludir su jurisdicción, ni las que ataban las manos á los obispos en el uso legítimo de su autoridad, ni en general nada de lo que favorecía á la parte ofensora en perjuicio de la parte ofendida ó del rigor del régimen y de la conservación de la disciplina.

El Papa Eugenio no pudo hacer largo uso de estos consejos saludables. Un año á lo mas despues de la composición de los últimos libros de la *Consideracion*, murió en Tivoli en la noche del 7 al 8 de julio 1155, despues de un pontificado de mas de ocho años, muy agitado, aunque merecía serlo poco. Los romanos no conocieron lo grande de su pérdida hasta que se les llevó el cuer-

po de este magnánimo y moderado Pontífice que regaron con sus lágrimas. Se cuentan de él muchos milagros que le han hecho tener por Santo, aunque la Iglesia no le ha decretado este título. En el día siguiente de su muerte, 9 de julio, fué elegido para sucederle Conrado, cardenal obispo de Sabina, que tomó el nombre de Anastasio IV.

Uno de los rasgos de la vida de Eugenio, que merece ser conocido, es que cuidó de hacer traducir en latin muchas obras de los PP. griegos, valiéndose para ello del literato Burgondion ó Burgoñon, juez de Pisa. Este escritor en el prólogo de su traducción de las homilias de San Juan Crisóstomo sobre San Mateo asegura que la emprendió de orden del Papa Eugenio III, y por obedecerle tradujo tambien las explicaciones del mismo Padre sobre San Juan, el libro de San Gregorio de Nisa de la *naturaleza del hombre*, y las obras de San Juan Damasceno (1).

El santo abad, á quien Eugenio miró invariablemente como á su maestro hasta el último suspiro, no le sobrevivió sino unas seis semanas; pero antes de ir á reunirse con el Dios de amor y caridad, hizo un nuevo viage á Metz para restablecer allí la concordia entre los diferentes órdenes de ciudadanos que estaban en una guerra cruel. De vuelta á su abadía, colmado de triunfos y de las bendiciones que acompañaban todos los pasos de este ángel de paz, cayó en una debilidad de fuerzas que fué aumentándose cada vez mas hasta que apagó por fin aquella luz, la mas brillante de la Iglesia de Francia, en el día 20 de agosto de 1155, á los sesenta y tres años de su edad, cuarenta de su profesion y treinta y ocho de la fundación de Claraval, donde fué siempre abad. Todas sus grandes obras, ó mas bien las

(1) Martenque, t. 4, p. 30.

de la Iglesia de que fué el móvil, como también el fenómeno mas incomprendible de su siglo, la perfeccion de sus escritos, obra maestra en un tiempo bárbaro, que le han hecho llamar, al parecer como con exclusion

de los tiempos sucesivos, el último Padre de la Iglesia, le pintan con tales colores que no se haria mas que debilitarlos si se les quisiese añadir algo de nuevo.

LIBRO TRIGÉSIMO-SÉPTIMO.

Desde la muerte de San Bernardo en el año 1153, hasta el tercer

Concilio general de Letran en el de 1179.

LA muerte de un Pontífice como Eugenio III, y la de San Bernardo acaecida por el propio tiempo, dejaron en la Iglesia tal vacío, que si al pronto causó un sentimiento general y confuso, no se tardó mucho tiempo en percibir de una manera clara y distinta las justas razones que habia para ese llanto universal. Se conoció principalmente la necesidad que habia de la mediacion y del ascendiente de Bernardo sobre el espíritu de los pueblos y de los reyes en las guerras cismáticas que volvieron á comenzar muy luego á trastornar la Alemania y la Italia, y en las tristes disputas que se suscitaron entre el primado y el rey de Inglaterra.

El Papa Anastasio IV, anciano de grande experiencia y de insigne virtud, vivió harto poco para que la Iglesia pudiese recoger los frutos que de él tenia derecho á esperar. Sin embargo, durante su pontificado, que no duró año y medio, restableció en la Silla de York á Guillermo, sobrino del rey de Inglaterra, prelado de costumbres muy puras, de una dulzura admirable, de una liberalidad sin limites para con los pobres, y que no

obstante esto habia sido depuesto en el Concilio celebrado en Reims el año de 1148. Acusáronle en él y convencieronle de no haber sido elegido libremente, sino que habia sido nombrado por el rey antes de su eleccion. Sufrió esta humillacion sin quejarse de nadie, sin dar oidos á las sugestiones de los que procuraban alentarle contra sus adversarios, y se retiró á un pais distante del tumulto del siglo, donde se ocupó solamente en la oracion y en los ejercicios de la penitencia (1). Uno de los que juzgaban que no debian deponerle fué el cardenal Conrado; y habiendo llegado á ser Pontífice con el nombre de Anastasio, y habiendo muerto Enrique Murdas, elevado á la Silla de York, Guillermo, sin quejarse de la sentencia fulminada contra él, se dirigió á Roma implorando misericordia. Le restableció el nuevo Papa en su dignidad, de acuerdo con los cardenales, y le concedió el palio de que hasta entonces habia carecido; mas apenas regresó á su diócesis, le acometió

(1) Bolland. 8 Jun. t. 10.

una enfermedad de la que predijo que no saldría. Además señaló á sus domésticos el dia de su muerte, despreció los ausilios inútiles de la medicina, y murió en el dia indicado 8 de junio, el mismo en que la Iglesia honra su memoria desde que le canonizó el Papa Honorio III en 1225. La traslacion de su cuerpo efectuada despues de un siglo fué acompañada de muchos milagros.

En el mismo año de su muerte (1154) murió también el rey Esteban su tio. Enrique Plantagenet de la casa de Anjou, cuya madre fué Matilde, hija del rey Enrique I, el cual era ya duque de Normandía, fué en fin coronado rey de Inglaterra en 19 de diciembre del mismo año. Habia casado con la famosa Leonor, duquesa de Aquitania, despues que se separó del rey Luis el joven. Poseyendo de este modo por su madre el reino de Inglaterra y el ducado de Normandía, por Godofredo su padre los condados de Anjou, de Turena y del Maine, y por parte de su esposa el ducado de Aquitania con el condado de Poitou, se halló el mas poderoso de los príncipes cristianos. Esta circunstancia no pudo sin embargo ponerle á cubierto de los reveses, de las guerras civiles y de todo género de aflicciones, siendo una de las mas sensibles haber encontrado aduladores que creyeron ganar su gracia viniendo á ser verdugos de un santo.

El rey Enrique, segundo de este nombre, poco tiempo despues de su advenimiento á la corona, escribió al Papa Adriano IV, que habia sucedido á Anastasio algunos dias antes de la coronacion de Enrique, es decir, en 5 de diciembre de 1154. Adriano, que antes se llamaba Nicolás Brekspeire, esto es, Rompe-lanzas, nació en Inglaterra, de humilde familia, y el rey al cumplimentarle por su elevacion, felicitó á la nacion por haber producido en su suelo una tierna planta que

trasplantada habia llegado á ser un árbol tan grande y fértil. Pidióle al mismo tiempo el permiso de hacerse dueño de Irlanda (1) para restablecer en ella el cristianismo en toda su pureza; lo que le concedió el nuevo Papa, fundado en que todas las islas que habian recibido la fé cristiana pertenecian á la Iglesia romana, como lo expresa la bula. El Pontífice, en señal de investidura, envió al rey un anillo de oro adornado de esmeraldas que se guardó en los archivos.

Adriano era hijo de un notario llamado Roberto, que se hizo monge de San Albano, y el mismo Adriano en sus primeros años subsistió algun tiempo de las limosnas de aquel monasterio; pero creciendo con la edad y con las instrucciones paternas el espíritu y los sentimientos, se avergonzó de esta dependencia, pasó el mar, y penetró al Mediodia de la Francia hasta San Rufo, monasterio famoso de canónigos regulares cerca de Aviñon. Como su aspecto era hermoso, su carácter amable, su espíritu vivo, lleno de inteligencia, y al mismo tiempo de reserva y de juicio, encantó á toda la comunidad y esta le propuso tomar el hábito. Vivió muchos años entre estos religiosos, señalándose por su regularidad y por su aplicacion á las ciencias y á la elocuencia, en la que hizo muchos progresos. En fin de tal modo se grangeó la estimacion de todos, que habiendo muerto el abad le nombraron para sucederle.

Pero este afecto no fué duradero: el capricho de sus compañeros llegó tan adelante, que se quejaron contra él al Papa Eugenio. Esta primera tentativa no produjo mas que una reconciliacion paliada y poco durable; pero importunado el Papa segunda vez de las quejas de los canónigos, les dijo: «Id con Dios, y elegid un abad con el cual po-

(1) Petr. Bl. Ep. 168.